

deza y tu ruina! ¡Tiembla! vuelvo á decirte, pues sufrirás, no solo el castigo de tu vileza, sino el que mereces por el daño que has de ocasionar al sucesor que vuelva á tu casa el lustre de que la has desposeido, pues que para ello ha de ser vilmente asesinado por un delito vergonzoso que cometa, impulsado por la miseria en que los has sumido...!” Calló la tenebrosa voz, y la sucede un horrible estallido: desaparece el humo, y deja en su lugar una corona de vivas llamas que cercan á los esposos..... El dragon que ha ido siempre acercándoseles, llega á ellos, abre una enorme boca, y..... las llamas cubren en este instante toda la habitacion..... Solo se oye un horroroso grito, pero nada se ve mas que fuego.....

.....
El día que siguió á esta noche de catástrofe, vieron en aquel sitio los musulmanes que acertaron á pasar por la ribera del Genil, un monton de escombros, encima del cual lloraba un niño de tierna edad. Unas caritativas mujeres lo envolvieron en un jaique, y lo llevaron á su morada: era el hijo de Abd-el-Nayar, fruto anticipado al enlace que contrajo con la cristiana. Este niño creció en casa de mi madre, pues fué quien lo recogió, y juntos pasamos nuestra infancia. Nos amábamos con el cariño de hermanos, y juntos hubiéramos vivido siempre, á no haberme robado á los quince años un viejo cadí para su harem. Pero pasó

el tiempo, los años gastaron mi juventud, arrugando mi semblante, y el cadí me despidió al mirar lo ajado de mi rostro. Libre entonces como la paloma de los bosques, corrí á buscar á mi adorado hermano; corrí mucho, pero lo encontré al fin. El precepto de la maga seguia cumpliéndose. La miseria habia tomado asiento en su derredor. Estaba casado, tenia un hijo tierno como el tallo de la amapola, que se llamaba Bey-Kal. Era vuestro padre. Juré entonces no separarme de mi querido hermano hasta que la muerte cayese sobre alguno de nosotros y lo cumplí. Poco despues de mi encuentro, murió la madre de Bey-Kal y yo la reemplacé.... La desgracia perseguia de continuo al hijo de Abd-el-Nayar; todo plan lisonjero que formaba para su porvenir, desvaneciase como los sueños, y no pudiendo sacudir el fatal yugo de la pobreza exhaló en mis brazos su postrimer suspiro.

¡Hijos de Bey-Kal! la misma suerte acosó á vuestro infortunado padre, de quien no me he separado un solo instante.... En su varonil edad, casose con vuestra madre, que al dar al menor de vosotros la vida, perdió la suya.... Habéis salido de la infancia en medio de la desolacion mas completa. Vuestro padre se ha afanado aunque en vano para procuraros una precaria subsistencia; ha trabajado desde sol á sol, desde luna á luna, y nunca ha podido ganar un estipendio suficiente á cubrir sus ne-

cesidades.... Siempre zumbaban en sus oídos los agudos y penetrantes clamores de sus hijos pidiéndole alimento. ¡Ah! El decreto de la hija de las tinieblas se ha cumplido..... La falta del impio Abd-el-Nayar ha caído sobre la cabeza del infortunado Bey-Kal. ¡Maldición eterna á su memoria! ¡Persígale mi anatema hasta la consumación de los siglos!

Otra vez volvió á callar la anciana agitada por la fuerza de su emoción. Empero bien pronto brilló un fuego extraño en sus relucientes ojos, atrajo hácia sí á los niños que la rodeaban, y les dijo con un acento sentencioso y como inspirada:

—Acercaos..... prestadme aun mas atención á lo que me resta decir.... Es vuestro sino. Esta noche se encontraba Bey-Kal en aquel rincón inquieto y desazonado. Tenía colgando sus brazos hácia el suelo, la cabeza baja y la mirada feroz. Los rayos del sol habían penetrado por ese ajimez..... la luna los reemplazó en seguida; y en todo este tiempo no habían comido sus hijos..... Faltábale trabajo.... Vosotros os acercásteis á él, os subisteis sobre sus rodillas, le acariciábais la barba como el necesitado lebel lame al dueño que ha de sustentarle, y tú, Reqki, posaste tus labios sobre su oído, y con tembloroso é imperceptible acento, como para evitar que le oyesen tus hermanos, le dijiste: «¡Pan!» Contrájose espantosamente vuestro padre, y levantose arrojándoos al suelo, to-

mó luego su gumia, y salió..... Una somnolencia pesada se apoderó entonces de mí, quise seguirle, mas mis piernas se doblaron, y caí.

.....

.....

Mis ojos vieron un magnífico palacio á las orillas del Genil..... Sobre su vistoso y principal minarete, una huri se posaba rodeada de vaporosa nube que despedía celestes resplandores..... Fijó sobre mí su mirada preciosa, diciéndome con armoniosa voz : «Anciana Ziula: el vaticinio que por mí se comunicó al libertador de mi encantamento Mahamud, acaba de realizarse completamente. Levántate, y anuncia á los hijos de Bey-Kal la llegada de su dicha. Esta noche ha robado el triste Bey para mantener su familia, y ha sido asesinado por las guardias del monarca. Esta victima se necesitaba para que volviera á su esplendor la *Casa de los Leones*. Desde este instante cesan todas las penalidades que acosaban á esta noble descendencia; otra vez levantará su cabeza para ser el terror de la cristiana grey. Cuida esta misma noche de dar sepultura al cadáver de tu hijo adoptivo, que hallarás cerca de la *Puerta Monaita*, y ven despues á tomar posesion de este alcázar que pertenece á los hijos de Bey-Kal.....

.....

.....

Vuestros esfuerzos para despertarme disipa-

ron este sueño, pero semejante revelacion no es una quimera.... Venid, hijos, venid á cumplir las órdenes de la maga, y tomándolos de la mano salió de su casa con direccion á la *Puerta Monaita*, donde hallaron el cadáver del malogrado musulman. Habia sido muerto por una descomunal herida que le atravesara el pecho.

Postráronse de hinojos ante él la egipcia y sus hijos, y rezaron en voz alta y entre amargos sollozos fervientes oraciones. Despues cargó la anciana sobre sus hombros el inanimado cuerpo, auxiliada por aquellos, y le dió religiosa sepultura.

El sol comenzaba á teñir de escarlata los montes de risco que ciñen por Levante á Granada, cuando la anciana y los niños llegaron al sitio donde existiera antes el palacio de sus mayores. Un pintoresco alcázar se destacaba á corta distancia del rio, y en un ameno y risueño prado

—Entrad, les dijo Ziula estendiendo su brazo hácia las abiertas puertas del palacio; entrad y tomad posesion del señorío que os pertenece y del que habeis estado privados.

Obedecieron los hijos de Bey-Kal, y entraron con la vieja. Protegidos aquellos por la poderosa influencia del anillo de la hija de la Noche, que hallaron en una caja de oro, fueron invencibles en cuantas guerras despues se encontraron, volviendó á tomar su palacio el

orgullosa nombre de *Casa de los Leones*. Los que habitan esa mansión fortificada ahora, y que encierra no corta guarnición mahometana, son como dije al principio, el moro Abul-Khatar y sus hermanos hijos del infortunado Bey-Kal; y conservando firmemente sus creencias gozan de una vida próspera y feliz, siendo el terror de los cristianos que conocen sus maravillosos antecedentes y huyen despavoridos á la sola presencia de cualquiera de ellos.

Tal es la rara historia de esa casa que vemos desde aquí, según escuché á los soldados del campamento, y que ha llamado vuestra soberana atención.”

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

DE este modo concluyó doña Sol su relato que escucharon atentamente la reina y demás personas que allí se hallaban.

--Hasme proporcionado notable solaz, dijo doña Isabel á su dama, y por cierto que es bien estraña y fantástica la historia de ese albergue de moros. ¡Qué tradiciones tan estupendas se conservan entre los árabes!

--Ahora recuerdo, exclamó don Alonso de Aguilar, que dias pasados me señaló un soldado aventurero de mi hueste, ese recinto, y por cierto que lo vi palidecer al mirar la cabeza

de un moro que asomaba sobre el pequeño papapeto.

—¿Y qué te dijo? preguntó con curiosidad la reina.

—¡Ved, señor! exclamó casi aterrado, ¡ved un *Leon*! —¿Qué quieres decir, hombre? le interrogué con asombro.— Que aquel perro que allí se divisa pertenece á una casta que tiene de hierro los miembros, y no hay espada que los hienda.—¡Bah! contesté con indiferencia, creyendo sería un bobo engañado por algun tuno.—Preguntad, insistió el soldado, preguntad á los compañeros y conoceréis la verdad de cuanto he hablado.—Yo no le hice caso, y lo dejé con sus creencias. Mas ahora veo que es preocupacion mas arraigada en la soldadesca de lo que creía.

—¿Y tú qué dices á esto, Gonzalo? preguntó al cabo de algun tiempo doña Isabel.

Tan pensativo se hallaba el ilustre guerrero que no oyó la voz de la reina.

—Segun parece, continuó ésta, te ha hecho bastante sensacion la anécdota de doña Sol: ¿tanto te impresionas, Gonzalo?

No hubiera respondido tampoco éste á la segunda pregunta de la reina, á no habérselo advertido el de Aguilar que se hallaba á su lado.

—Dispensadme, señora, contestó prontamente, pero..... sí..... es verdad.... ha llamado mucho mi atencion ese extraño suceso.... y tanto, que si me dais permiso.....

Detúvose un momento el caballero, como si temiese decir demasiado, mas viendo que la reina esperaba acabase de explicar su pretension, exclamó con interés:

—Señora, dadme licencia para adelantarme un poco, pues ardo en deseos de reconocer mas de cerca esa *Casa de Leones*.

—Cuidado con lo que pedis, mirad que es arriesgada la bajada por este sitio, no os vaya á recibir el Genil, y tenga yo el disgusto de ver mojado un guerrero mio.

—¡Oh! descuidad... Si acaso solo se mojará el acero de mi coraza.

—Bien, pero no os acerqueis tanto que pueda alcanzaros la garra de esas fieras.

—Llevo á mi izquierda, un remedio para embotarla.

—Id, pues, ya que tan provisto estais; pero de todos modos observad donde sentais el pié.

—¡Oh! gracias, señora.

—Advertid que aqui aguardo, Gonzalo.

—Seré con vos dentro de unos instantes.

Hizo un gracioso saludo á la reina, y se alejó el de Córdoba bajando la colina con direccion al rio.

—Mucho siento no vaya á despeñarse por este endiablado cerro. ¡Qué caprichosos son mis soldados! dijo doña Isabel siguiendo con la vista la marcha del caballero.

Los rayos del sol, cayendo sobre la bruñida armadura del jóven castellano, hacia la relum-

brar como si reflejase en un cristalino lago.

Aquel pequeño grupo estaba absorto en la contemplación del audaz guerrero, que habiendo conseguido después de peligrosos descensos llegar al río, lo pasó con valeroso denuedo, y llegando á la opuesta orilla, se dirigió resuelto hácia el *Palacio Darluet*.

—¡Qué veo! exclamó de repente la reina, ha pasado el río y desenvaina su larga espada que reluce como una franja de fuego; se vuelva hácia nosotros; hace una cortesía con ella.... y..... ¡gran Dios! se dispone á saltar la muralla!

En efecto, después de haber saltado el pequeño parapeto, se introdujo el de Córdoba por una especie de claraboya que en la fachada meridional tenía el palacio, desapareciendo de la vista de su reina.

—¡Ay! ¡bien me temía alguna imprudencia! dijo ésta con amargura; ved por qué niñería, por qué temerario capricho, voy á verme desposeída de una de mis mejores lanzas y de mis mas leales pechos..... ¡Oh! ¡no saldrá vivo de esa infame guarida!

Asombrado de aquella audacia, ni el mismo Aguilar acertó á responder á su soberana.

—Ve, Aguilar, ve, continuó doña Isabel, no pierdas tiempo, tal vez tu ayuda le sea necesaria; y tú, Sol, vuela al campamento, y dí que su reina necesita cincuenta valerosas lanzas. No os detengais un momento, marchad.

Iban á partir dama y caballero para cumpli-

mentar las órdenes que les daban, cuando un grito de sorpresa y alegría que exhaló doña Sol, hizo poner en movimiento á doña Isabel, y detuvo en su ida á Aguilar.

—Mirad, señora, mirad, dijo la dama tendiendo los brazos hácia el palacio de los hijos de Bey-Kal.

Apareció radiante de alegría el rostro de la reina con el espectáculo que se le presentaba.

La casa llamada de los *Leones* vomitaba moros por todas sus puertas y ajimeces, los que apenas se vieron en el campo, corrian como galgos diseminándose en todas direcciones por aquellas áridas montañas. Confiados los árabes en la segura posicion de su palacio, vivian tranquilos, á pesar de la proximidad del ejército cristiano, sin pensar en precaverse de cualquie-

ra sorpresa; mas al ver de improviso y cuando mas descuidados se hallaban, un guerrero cristiano en sus mismos aposentos, fué tal el temor que experimentaron, creyendo sin duda la ciudad perdida, que procurando solamente salvar sus vidas, huyeron despavoridos, sin volver por algun tiempo del tremendo susto que recibieron á la impensada vista del soldado. Detras del último salió un gigantesco guerrero con la visera echada y espada en mano, repartiendo á diestro y siniestro mandobles de buen aire y mejor temple, y haciendo brotar rayos de su anchurosa hoja. Era Gonzalo de Córdoba.

A los pocos momentos y despues que hubo parado en su faena, no quedó un solo moro en el campo. Parecia que la tierra se los habia tragado.

Envainó entonces aquel héroe su formidable tizona, levantose la celada, volviendo á pasar el rio, y se dirigió al sitio de donde poco antes habia partido.

—¡Reina de Castilla! dijo al llegar, sabed que desde hoy, la *Casa de los Leones* ha cambiado su pomposo nombre por el mezquino de *Casa de Gallinas*, pues no son otra cosa los miserables que en ella habitan. Cuando os refieran anécdotas como la que hoy os han contado, y en la que pueda haber, no uno, diez de esos perros, que sean capaces de hacer frente á un solo cristiano de vuestro ejército, dadles el crédito que se merecen, acordándoos de lo sucedido con los *Leones* del palacio de *Darluct*. Ahora pido humildemente perdon á mi reina, por haber acometido esta empresa sin su permiso; pero mi corazon español no podia soportar se ultrajase, ni aun en cuentos, el nombre de sus compañeros.

—¡Ah, Gonzalo! no lo merecias por el susto que me has hecho pasar! contestó la magnánima y sensible Isabel. Mas, levanta, añadió viendo á sus piés al ilustre caballero, ¿habia de negar mi perdon á tan valiente soldado?

—Sois tan buena como grande, exclamó el guerrero besando su regia mano.

—¡Cuál corrian! dijo á este tiempo don Alonso abrazándolo.

—Como gallinas, Aguilar, como gallinas, contestó el atrevido guerrero: y todos volvieron al campamento, donde pronto se estendió la noticia de tan temeraria empresa, llevada á cabo por un hombre que aun en sus primeros años dejaba conocer al héroe que mas adelante habia de admirársele en toda Europa, y ser acatado por todo el mundo con el glorioso y bien adquirido nombre de *Gran Capitán*.


De este suceso memorable, data el de *Casa de Gallinas*, que aun conservan las escasas ruinas que se encuentran á tres cuartos de legua de Granada, siguiendo una vereda que comienza en el *Haza de la Escaramuza*, y allí conduce por entre precipicios y barrancos. Las incomodidades de este camino son compensadas por la deliciosa vista que se descubre desde la alta montaña que hay un poco mas allá de dichas ruinas, que tiene su pié en el Genil, y que da frente á la en que miraba la reina el *Palacio Darluet*.





La Sala de Comares.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Uno de los departamentos del palacio árabe de la Alhambra, que enseñan como de los mas raros y preciosos al viajero, es la *Sala de Comares* ó de *Comarech*, nombrada así por las labores que emplearon los artifices en su adorno que llaman los moros *comarragia*. Y efectivamente, no puede darse cosa que revele con mas propiedad el esquisito gusto y fastuoso lujo de los orientales, que esta soberbia habitación. El original alicatado de sus cenefas, las graciosas labores de las enjutas de los arcos, los caprichosos colores de su artesonado, y las cifras, motes, calados y demas adornos de sus paredes, hacen remontar el alma á los poéticos tiempos en que Boabdil y sus antecesores, ro-

deados de sus hermosas odaliscas, descansarían muellemente sobre cojines de Persia, aspirando el puro ambiente de los *Cármenes del Hajeriz*, que penetra por el ajimez que hoy se mira reducido á una moderna ventana, como casi todos los del palacio y demas monumentos árabes.

Este recuerdo no es el único que asalta la imaginación al entrar en la Sala. No solo ha sido la pieza favorita de los monarcas orientales, sino que también ha servido para salón de corte de los muchos soberanos católicos que han visitado la hermosa ciudad, después de arrancada al poder agareno, por lo que también adquirió el nombre de *Salón de Embajadores*.

Á él os hemos conducido, carísimos lectores, para que luego que hayáis admirado todas sus preciosidades, que no juzgamos á propósito referir, por bastar para el objeto una ligera descripción, y visto el aposento preferente de los reyes de esta tierra, en el referido palacio, conozcais el grande é importante suceso que en él tuvo lugar, y que lo hace aun mas interesante, por las favorables consecuencias y gratos resultados que atrajo al español reino. El corazón de una mujer comprendió el pensamiento que varios hombres de imaginación habían despreciado como loco é irrealizable. Pero este es el asunto de la siguiente tradición.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Poco tiempo hacia que el estandarte de la Cruz irguiéndose sobre el musulmíco, ondeaba orgulloso en la *Torre de la Vela*: y poco tiempo que el malaventurado Boabdil saliera de Granada, destronado é infeliz, para no volver jamás á ella, cuando en una mañana de las frias y nubladas del mes de enero, costeaba el Genil con direccion á la capital un hombre con paso vacilante y lento.

Su pálido, enjuto y severo rostro, cubierto de espesa barba negra, y sus ojos vivos y penetrantes como los del águila, contrastaban notablemente con la haraposa y desaliñada ro-

pilla que lo cubria. Á primera vista cualquiera lo hubiera tomado por un vagamundo, que cruzaba de pueblo en pueblo esplotando, á favor de su noble aspecto, la pública caridad.

Su marcha era en extremo fatigosa, y sus piés, que apenas calzaban unos zapatos blancos y rotos, parecian clavarse donde quiera que se sentaban.

Algunos desgarradores suspiros interrumpian de cuando en cuando la silenciosa marcha de este raro personaje, que pudiéndose apenas sostener, continuaba con afan su camino, cubriéndose con el escaso vuelo de su capa, que sujetaba con fuerza á su cuerpo, cada vez que al volver algun recodo soplabá el viento con demasiada violencia.

Dos horas caminara de este modo desde su aparicion en nuestra historia, y ya le iba siendo imposible el seguir mas adelante. Sentia que las piernas se le doblaban, su cabeza se caia hácia todos lados, sus ojos languidecian..... tal vez á los dos pasos mas hubiera caido desplomado en fuerza del cansancio que lo affigia, cuando doblando un montecillo, se apareció á sus ojos como por encanto la ciudad de Granada, que, semejante á una ilusion de óptica, se destacaba sobre el cenizoso pabellon del firmamento. Un grito de júbilo exhaló el viajero, y cobrando instantáneamente nuevos alientos, prosi-



guió su ruta con algunos bríos; pero á medida que se acercaba á la poblacion, una negra nube iba cubriendo su vista, arrugábasele la frente, y una honda tristeza se pintó claramente en todas sus facciones. Al cabo de pocos instantes, y como cediendo á una fuerza superior que lo dominaba, parose repentinamente, fijando una ávida mirada sobre la ciudad. Una enorme piedra se hallaba no muy distante de aquel sitio. Sentóse en ella el viajero.

— Esa es Granada, dijo despues de algunos instantes: sí, Granada; la corte de España en estos momentos: ahí moran sus soberanos, los reyes á quienes busco y por quienes he andado tanto.... ¿Pero así como los hallaré, podré acaso encontrar el auxilio de que implore...? ¡Ah! Una secreta voz se levanta en el fondo de mi pecho, que me anima á probar esta última tentativa, y una fuerza desconocida me arrastra á Granada, donde creo divisar la aurora de mis esperanzas. Mas ¿deberé fiarme de estas ilusiones, de estos presentimientos? ¡Cuántas veces he formado lisonjeras ideas que despues se han trocado en amargos desengaños.....! ¡Cuántas veces al dirigirme al sόlio de los soberanos he creído ver realizado el grandioso pensamiento que nació y se robusteció en mi atormentada mente.... y.... luego convertirse en mísera realidad que destrozaba el alma, cayen-

do en un abatimiento desesperado....! Esas halagüeñas imágenes que acariciaban mi corazón al divisar el pueblo donde creía hallar la recompensa de mis calenturientas noches de insomnio y trabajo, se desvanecían cual las arenosas montañas del desierto al terrible soplo del semoun!.... No concedían á las alas de mi imaginación un poco de espacio para estenderse.... Me creían demente: y con el corazón desgarrado por la pena y la humillación, salía de un reino, en el que entraba con la sonrisa en los labios, alimentado por quimeras que formaban mi ventura..... Ya estoy otra vez con la ansiedad del naufrago, que nada afanoso por asirse al madero que divisa cerca de él.... ¿Se hundirá ese apoyo de salvación y volveré á caer en el espantoso mar de mis desengañadas esperanzas?

Calló al llegar aquí el caminante, y dando otro suspiro, quedó sumergido en profunda meditación. Media hora se pasó de este modo. El sol había desgarrado poco á poco la densa capa que velaba sus rayos, y mostrose repentinamente en medio de un azulado espacio, cubriendo de alegre y vivificadora luz las campiñas y llanuras.

La vista del astro diurno pareció de buen presagio al corazón del viajero, pues cubriose su rostro de una momentánea alegría; púsose de pié y siguió la ruta que le conducía á Granada.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA tarde de aquel mismo día presentaba un belicoso y animado aspecto el palacio real de la Alhambra, donde más de una vez hemos introducido al lector en estas desaliñadas tradiciones. Varios caballeros cristianos, vestidos con sus elegantes y aceradas armaduras, iban y venían por el delicioso *Patio de los Arrayanes*, armando grande alboroto con el sonido de sus espuelas, y las voces y risas producidas por los chistes de sus alegres conversaciones.

No menos animación reinaba en la famosa *Sala de Comares*, donde se hallaba la reina doña Isabel, rodeada de todas sus hermosas

damas y de varios caballeros. El sol que asomaba sus rayos por un vistoso ajimez, libre de la celosia espesa que antes lo cubriera, hacia resaltar con mas brillo las esquisitas molduras y caprichosos arabescos de sus paredes, y el tinte pálido que difundia en el aposento prestaba una voluptuosa languidez á este lindo retrete, que parecia estrañar la ausencia de las sultanas que tantas veces habian celebrado zambras dentro de su recinto.

Viérase ahora en él al cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, á su hermano el conde de Tendilla, á don Gutierre de Cárdenas, al marqués de Mondejar, primer alcaide de la fortaleza de la Alhambra, y á otros no menos ilustres personajes que comentaban entre sí la rendicion del último pueblo morisco de España. Afable se mostraba con todos doña Isabel, dirigiendo de cuando en cuando algunas preguntas á sus guerreros cortesanos, con aquella bondad habitual que caracterizaba á la católica reina primera de aquel nombre.

Hallábase á la sazón ausente el rey, y sobre este punto versaba la conversacion.

—¿Hace mucho, cardenal, que os separásteis de él? preguntó doña Isabel al de Mendoza.

—Una hora habrá, señora, que lo dejé en compañía de don Hernando Perez del Pulgar y otros caballeros que se dirigian á esa casa de recreo que llaman *Generalife*.



C.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA

—Vivos deseos tengo de verla, señores, y mañana pienso dirigirme allá. ¿Hay entre vosotros alguno que se haya adelantado á mi pensamiento? Quisiera me esplicáseis los primores de ese jardin morisco.

—El de Bohorques tan solo, creo, podrá daros noticias, contestó don Gutierre, pues segun tengo entendido, entró en Generalife antes de la conquista. Fué á consecuencia de cierta apuesta, cuando proyectaron la desgraciada invasion de la *Torre de la Cautiva*, para libertar á la mas desdichada aun doña Isabel de Lara.

—Referidme el hecho, don Gutierre, ya sabeis lo aficionada que soy á las aventuras.

—Cuando la precipitada fuga de la torre con los cadáveres de doña Isabel y don Manuel Ponce de Leon, Bohorques que formaba parte del destacamento, al tiempo de rodear el cerro donde se halla ese palacio de amores, dijo al compañero que llevaba á su lado.—El mejor arnés de mi caballo contra la peor silla del tuyo, á que no vuelvo al campamento sin llevar una descripcion exacta de ese palacio que ahí divisamos.—Hecho queda el trato, contestó el otro.—Pues hasta luego, exclamó don Martin; y metiendo espuelas á su bridon, separose de la partida, y tomó el camino de Generalife, á pesar de los moros que acudieron al socorro de la guardia de la torre, y que entonces perseguian á los nuestros. Á las cua-

tro horas un numeroso grupo de caballeros escuchaban la descripción que de Generalife hacia el de Bohorques.

—¡Bien por los guerreros de mi corte! exclamó la reina entusiasmada. Cada día que pasa encuentro una proeza, un nuevo florón que añadir á su corona de gloria.

Un ugiar de cámara, entró en la sala en aquel momento, y despues de la acostumbrada cortesía

—Señora, dijo, un desconocido de serio rostro y de miserable porte, pretende ver á los soberanos de España.

—¿Es moro ó cristiano? preguntó la reina.

—Cristiano al parecer.

—Que entre.

—Hacia aquí se acerca, repuso el ugiar, seguido de todos los caballeros que habia en el patio: entrad..... continuó dirigiéndose al que anunciara: S. A. os da audiencia.

Un hombre se presentó en la sala, con un vestido destrozado y cubierto de polvo. Era el caminante que se abismó en melancólicas reflexiones al divisar á Granada. Los caballeros que lo vieran entrar en el palacio, admirados de su mezquina traza, y sorprendidos de que tan ridículo personaje pretendiera hablar á la reina de Castilla, lo siguieron en tropel por un simultáneo movimiento de curiosidad, permaneciendo apiñados á la entrada de la sala, donde los detuvo el respeto de su soberana.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Con la vista baja, y dando vueltas entre las manos á su vieja gorra de terciopelo negro, estaba el anunciado esperando una señal de la reina para acercarse. Fijó ésta sus ojos en él, y despues de contemplarlo un buen rato:

—Acércate, dijo con majestad.

Hincó una rodilla en tierra el de la malaventurada ropilla ante doña Isabel, permaneciendo en esta actitud hasta que le fué ordenado el levantarse.

—Tu traje indica que acabas de hacer una larga caminata, dijo la reina con benévola sonrisa, ¿de dónde vienes, pues? ¿cuál es tu nombre? ¿qué necesidad te obliga á recurrir al trono de los soberanos de Castilla y Aragon?

—Dignaos, señora, escucharme unos cortos instantes, y quedarán satisfechas vuestras preguntas, al tiempo que habré yo espuesto el poderoso motivo que dirige mis pasos ante el real sólio en busca de la gracia que ansia mi corazon, respondió con gravedad el pretendiente.

—Veamos, ya te oigo, exclamó la reina.

Grande silencio sucedió á estas palabras, todos los circunstantes aguardaban con una curiosidad creciente el relato de aquel hombre misterioso, y no osaban respirar temiendo se les escapase una sílaba de él. Apretábanse mas y mas los que estaban en las puertas, y multitud de rostrós se veian salir unos sobre otros, acosados todos del mismo sentimiento.

No tardó el hombre empolvado en dar principio á su relato. Fijó en la reina sus rasgados y penetrantes ojos, y con una majestad de príncipe.

—Mi patria es Génova, dijo, mi nombre Cristobal Colon; desde niño se despertó en mi alma una afición decidida, dominante, inmensa, por el estudio de la astronomía, y he pasado los dias enteros embebido en meditar esa ciencia divina. Las vigiliass han secado mi rostro y marchitado mi juventud, pero no lo sentia, no; mi vida estaba cifrada en el estudio de los astros y solamente para él vivia. Todo hombre nace para llenar la mision á que el cielo lo destina, y dedicando mi existencia al objeto á que me arrastraba un impulso irresistible, llenaba yo la mia. Esta constancia, este empeño, este arrobamiento que minaba mi naturaleza y destruía insensiblemente mi salud, debia producir algun resultado provechoso; y lo produjo, sí, soberana de Castilla, lo produjo; pero fué tan desventurado, que nadie lo ha querido aceptar.

El fruto de mis años de punzantes cavilaciones, de difíciles y extraordinarias pruebas para asegurarme de su infalibilidad... ha sido despreciado... Señora: mi pensamiento es grande, es atrevido, lo conozco... pero tengo señales sacadas de la esperiencia de una vida dedicada á la observacion, que predicen el feliz éxito de mi idea. Existe un mundo nue-



vo, desconocido de nosotros: un mundo que debe alumbrar el sol cuando sumerge en lontananza sus abrasadores rayos: un mundo del otro lado de los mares, porque es preciso que éstos tengan un límite por la tierra, y ese mundo es el que quiero encontrar. Falto por desgracia de recursos para emprender por mí solo este audaz pensamiento, pasé á Venecia ofreciendo mis servicios, para devolver por un miserable auxilio un mundo entero, y mas fertil tal vez que el nuestro.... pero creyéronme un visionario, y se mofaron de mi pretension. De Venecia pasé á Roma, de Roma á Lisboa, y tambien juzgaron en estas capitales escuchar á un demente en el lleno de su delirio. Tuve en este último punto noticia del magnánimo corazon de la reina de Castilla, y no vacilé un instante en dirigirme en su busca, para encontrar el abrigo que me han negado los demas monarcas de Europa... Señora: no ignorais ya mi designio; pertrechadme de lo poco que necesito para mi intento, que yo en cambio, y con la ayuda del Todopoderoso, os daré otra España, ya que la que regis no es bastante para proclamar las altas y grandes prendas que se albergan en vuestro corazon.

Calló al decir estas palabras el llamado Cristobal Colon, y cruzando los brazos al pecho esperó resignado. La reina, absorta al escuchar aquella narracion, quedó por mucho

tiempo pensativa. La primera idea que atravesó su cerebro fué la misma que se despertara en los demas reyes á quienes Colon habia acudido con su demanda: creer todo aquello efecto de una desorganizada cabeza. Pero despues pesando en su imaginacion palabra por palabra todo el relato de aquel hombre, no le iba pareciendo ya tan absurdo ni descabellado. Observaba la tranquila faz de Cristobal, su majestuoso continente, aquella mirada llena de grandeza y de inteligencia; aquella mirada que parecia decirle: «Reina, reina, no soy un loco: reflexiona bien lo que te propongo: auxiliame, que en este mismo auxilio que me des hallarás mas tarde el premio...» Y cada momento de reflexion que pasaba, contribuia á inclinar el ánimo de doña Isabel en favor del atrevido astrónomo.

Entretanto los caballeros agrupados á la puerta comentaban entre sí aquel inaudito suceso, deshaciéndose en pullas y burletas, y mofándose á su satisfaccion de lo que acababan de oir.

—¡Atravesado me vea por la cimitarra de un eunuco, decia uno, si en los años que cuento he oido semejante barbaridad!

—¡Oye! exclamaba otro, dirigiéndose al de su lado: puede que quiera decir el mundo del Eterno Padre, y desee hacer un viaje por el capricho de conocerlo antes de que le mande comparecer.



—Para eso no habia que pedir proteccion á los reyes, ni venir á molestarlos, reponia un tercero: ¿tenia mas que subirse á la *Torre de la Vela* y arrojarse por la mayor de sus almenas?

—Y era un viaje que lo conduciria con brevedad al otro mundo.

—Será un judio, que harto de esperar al Mesías querrá volar en su busca.

Cada una de estas burlas era acompañada de grandes risas, sofocadas en parte para que no llegasen á oidos de la reina. De tantas personas como habian escuchado á Cristobal Colon, solo doña Isabel lo comprendia. Su dulce y agradable voz vino á cortar las bufonadas de los jóvenes guerreros, y á restablecer el silencio en la sala.

—Decidme, buen hombre, dijo al genovés, quien esperaba inquieto en demasia las palabras que iban á salir de aquellos sonrosados labios: ¿si se os facilitara lo que pedís, de qué manera pondriais por obra vuestro plan?

—Embarcándome en el primer puerto que hallase, y navegando á favor de mi brújula hasta encontrar la tierra, contestó sin titubear Colon.

—¿Y emprendereis solo tan arriesgada navegacion? insistió la reina.

—Pertrechado de los auxilios que necesito, pronto correrá la voz de mi designio y nunca faltarán hombres que me acompañen...

—Mas si nadie os creyese.... tendríais por fuerza que abandonar esta idea, aun cuando estuviérais provisto de lo necesario.

—Dispensadme, señora, interrumpió vivamente Colon: si nadie osase arrostrar conmigo los peligros de semejante empresa, yo solo surcaría los mares gobernando el buque que me condujese.... Cristobal Colon no se arredra por tan nimio contratiempo.

Así dijo el admirable astrónomo, y el fuego de la inspiracion brilló en sus rasgados ojos.

Una satisfactoria sonrisa apareció en los labios de la magnánima Isabel.

—¡Bien! ¡muy bien.....! dijo conmovida: mi corazón no se ha engañado. En esas expresiones conozco al hombre que tengo ante mi presencia.... Cristobal Colon, desde hoy sois almirante de España..... No quiero que jamas se diga han acudido en balde al trono de los reyes de Castilla y Aragon.

—¡Oh...! ¡Señora! ¡mi gratitud...! balbuceó el genovés, mas.....

—Basta, sé lo que vais á decirme.... Pero advertid que no habia concluido. Disponed los preparativos que juzgueis necesarios para la expedicion naval, que quiero salga cuanto antes con destino á ese nuevo mundo que pensais encontrar. Nada os detenga ya. Desde este momento podeis preparar lo que haya de servir al logro de mi deseo y de vuestro



Biblioteca Municipal de la Universidad de Sevilla
CONSEJERIA DE CULTURA


pensamiento. Nuestros tesoros, por desgracia, no podrán ayudar á los fines.... pero mientras la reina doña Isabel tenga joyas en sus adornos, no han de faltar á Cristobal Colon recursos para su empresa. Id, y que el cielo ayude vuestros esfuerzos.

—¡Ah, reina! exclamó Colon arrebatado por el placer. ¡Os desprendeis de vuestras joyas para socorrerme...! ¡Para proteger mi empeño! Pero el corazon me anuncia en el lleno de su agradecimiento, que con el auxilio del Omnipotente, he de devolveros otra joya que os resarza la pérdida que experimentais y recompense esa accion tan benéfica como sublime.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA





CRISTOBAL Colon activó sus preparativos auxiliado con los productos de la venta de las alhajas de la reina Católica, y el día 3 de agosto de aquel mismo año de 1492 salió del puerto de Palos una expedición compuesta de tres carabelas españolas á las órdenes del nuevo almirante para descubrir el nuevo mundo, con el que habia de satisfacer Colon á la España la protección que recibiera de la munificencia de su soberana.

Al visitar la *Sala de Comares* no puede menos de resaltar este recuerdo ¹ entre tantas como su vista escita, ni dejar de tributarse cierta especie de veneración á este lugar donde se dió la primera audiencia al hombre eminente, cuyo nombre habia de inmortalizarse en el universo entero.

¹ Gimenez-Serrano, *Manual del Viajero*.

La Plaza de Bib-Rambla

ó el Ciprés de la Reina.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

¿Qué autor de tantos como han escrito sobre Granada, no ha hecho una descripción minuciosa y divertida de esa linda recreación morisca que llaman *Generalife*? ¿Quién habrá que ignore los graciosos jardines, voluptuosos recintos y encantadoras fuentes y cascadas que encierra esa fundación del príncipe Omar? ¿Y qué persona nacional ó extranjera, no ansia al llegar á esta población, visitar el famoso *Ciprés* que se halla en el *Patio de las Fuentes*, árbol que señalaron los denunciadores de la reina Moraima como encubridor de sus adúlteros amores, y de cuyo tronco, aun el mismo

Chateaubriand llevó una astilla como placentero recuerdo de este precioso verjel?

El profundo hueco del árbol, que cada día se hace mayor por los pedazos que arrancan los innumerables viajeros que lo visitan, es una prueba de la fama que ha llevado aun á los mas remotos países, el inmortal recinto de *Generalife*: por consiguiente, inútil es cuanto digamos de sus bellezas y recreos.

Solo nos limitaremos á presentar la tradicion que encierra este antiquísimo *Ciprés*, que aun cuando bastante conocida, es indispensable para llenar el fin que nos hemos propuesto, la cual sale ahora revestida con otras escenas no tan sabidas é interesantes. Únicamente nos resta añadir, por si algunos creyesen algo inverosímiles las zambras que celebraban los moros á estilo casi de nuestros días, juzgándolo incompatible con las costumbres mahometanas, que los caballeros granadinos, tanto por su caracter como por su civilizacion, en poco se diferenciaban de los demas europeos católicos.

Hecha esta ligera manifestacion, vamos, lector, á presentarte el suceso tradicional.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ELEGIDO Boabdil rey de Granada por los de su bando, quiso inaugurar su reinado con fiestas y zambras. Jamás se hicieron en ella las diversiones que entonces. No pasaba día sin que se corriesen cañas en la plaza de Bib-Rambla, en las que lucían sus esbeltos y vigorosos talles los apuestos moros de los diversos y nobles linajes de que se componía su corte. También en el palacio real de la Alhambra, en el de los *Alijares*, labrado por Muley-Hacen con todo el lujo de que es susceptible el orgullo asiático, y en el recreo de Generalife, sucedíanse

con frecuencia las zambras, sin que hasta entonces el mas leve motivo hubiese turbado la fraternidad que reinaba entre los Alhamares, Abencerrajes, Gomeles, Mazas, Azarques, Gazules, Alabeces, Venegas y Zegries, que eran los linajes mas esclarecidos de Granada.

Corría el año de 1491 : Boabdil, á quien llamaban el Rey Chico, habia dispuesto una brillante fiesta para celebrar el restablecimiento de las heridas que el maestre de Calatrava don Rodrigo Tellez Giron hiciera á su hermano Muza, hijo bastardo del rey Hacén, en singular combate á que le retara pocos dias antes en la Vega.

Hallábase la flor de la nobleza de Granada reunida en el palacio de la Alhambra. Viérase allí á la reina Moraima esposa de Boabdil, rodeada de sus damas, Fátima, Daraja, Galiana hija del alcaide de Almería, y gran número de esclavas haciendo todas gala de su hermosura y riqueza.

Conversaban entre sí los musulmanes, excepto Muza, que arrimado á un ajimez, entreteníase en hacer un ramillete de las delicadas y aromáticas flores que habia cogido en los jardines del palacio, fija su vista en Daraja á quien amaba con frenesí, á pesar de que no era correspondido. El Abencerraje Abenamar gozaba los favores de la linda doncella, por cuya causa lo aborrecia Muza en su interior.

Ordenó el rey se principiase la danza; y al

son de chrimias y dulzainas ejecutaron las damas y musulmanes un gracioso baile, en que tomaron parte casi todos los caballeros. Concluido aquel, y apenas Daraja tomó asiento cerca de la reina, cuando presentose un paje-cillo y ofreciéndole un bonito ramo de flores.

—Hermosa Daraja, díjole, mi señor Muza me envia para que os entregue este ramo; y os ruega que os digneis aceptarlo, pues que preso va en él su corazon.

Turbose la sarracena al oír aquellas palabras, é indecisa en su resolucion, miró á la reina, quien habiendo escuchado al pajecillo, le indicó con la cabeza que lo tomara. Obedeció Daraja, y tomó de las manos del paje el lindo ramillete. Ufano de su triunfo Muza, que desde lejos habia presenciado esta escena, acercose á los otros moros, y solicitó se volviera á empezar la danza.

No tardó en oirse una grata armonia, y todos se dispusieron de nuevo al baile.

Dirigiose Muza á sacar á la que amaba, pero fué tarde. Se le habia adelantado Abenamar, que celoso de que admitiera el ramo de Muza, solo esperaba una ocasion para hablar á su querida.

—No creyera, la dijo despechado, que una mora bien nacida admitiese finezas de otro que de su amante.

—¿Crees acaso, que obró mi corazon al tomar el ramo? ¡Ingrato!

—¿Pues quién te impidió rehusar?

—La reina me ordenó aceptarlo.

—Necesito una prueba que me convenza.

—¿Está en mi mano?

—Sí.

—Habla.

—Entrégame ahora mismo ese ramillete.

—Tómalo.

Y alargó el ramo al Abencerraje. Pero apenas estuvo en su poder, cuando una robusta mano lo arrancó con furia de las de Abenamar. Era Muza, que todo lo había visto.

—¡Vil caballero! ¡musulman desdichado! ¿osas tomar un ramo que mis propias manos se han entretenido en tejer, y que yo mismo he dedicado á Daraja? ¡Miserable! desde ahora te declaro cobarde é infame como á toda la raza á que perteneces.

—¡Muza! exclamó pálido de rabia el Abencerraje; ¡no porque corra en tus venas sangre real, has de tener derecho para insultar á un caballero ni á su noble linaje! Sabe que el mas débil de ellos, si es que puede haber alguno, no sufrirá los denuestos de ningun moro ni aun del mismo rey; porque ademas de que siempre han sobresalido en valor y pujanza, es la tribu mas noble de toda la corte.

—¡Miente quien tal diga! interrumpió un Zegrí, gusanos inmundos son los Abencerrajes para nosotros. Nuestra tribu es la mas noble de todas, pues desciende de los reyes de Córdoba.

—Sí, sí, exclamaron á un tiempo algunos Zegries que allí estaban atraídos por las voces de los contendientes.

—¡Vive Alá! exclamó con descompasado acento Malique Alabez, moro de gran nombradía, abriéndose paso entre el grupo formado al rededor de Muza y Abenamar: ¡vive Alá que á estos Zegries les hace falta una mordaza, para que no pregonen su decantado linaje á cada paso, aturdiéndonos los oídos con su fiereza y alcurnia! Si descienden de los reyes de Córdoba, nosotros venimos de los de Marruecos y Fez y del gran Miramamolín: y así, punto en boca, caballeros, que mejor está callar ante quien no pueden hacer alarde ni de alcurnia ni de valor.

—¡Qué me place! contestó encendido de coraje el Zegrí, no deseaba sino este momento para dar una lección á esos Abencerrajes presuntuosos, y puso mano á su alfanje.

—¡Por Mahoma que gastan humos esos falderillos! Pero sabe, Zegrí, que los Abencerrajes siempre han lidiado con iguales fuerzas; y que yo, Malique Alabez, en nombre de toda la tribu, siguiendo su costumbre, no me batiré con vosotros, porque todos los que componéis el linaje Zegrí, sois poco para mí; mas id con cuidado de aquí en adelante, no sucumbáis pisados cual reptiles por las plantas de los Abencerrajes.

—¡Mueran los Abencerrajes!

—¡Mueran los Zegries!

Estas voces fueron acompañadas de movimientos hostiles por ambos partidos. Algunos alfanjes habian salido de las vainas y era de esperar un sangriento resultado, cuando el Rey Chico hizo cesar el tumulto con una destemplada voz.

—¡Silencio, lenguas atrevidas! ¡silencio digo! que yo castigaré cual se merece tamaño desacato á mi persona. Guardias de palacio, venga un verdugo al instante, que juro por el Islam, cortar la cabeza del que dé una sola voz, y clavarla cual despojo de ave de rapiña en la *Torre de la Justicia*. Musulmanes, os declaro á todos prisioneros; deponed las armas. Este sitio os señalo por cárcel mientras se os conduce á la torre que determine.

Todos entregaron los alfanjes á los guardias del rey, y permanecieron silenciosos; pero no así sus corazones, que ardan en deseos de vengarse. La reina y las damas asustadas marcharon á sus aposentos, y Boabdil despedido, salió á respirar las auras de sus bosques.

Tal fué el primer disturbio entre las tribus granadinias, que dió origen á tantas desgracias como se siguieron y á la pérdida del reino.





JUNTA DE ANDALUCÍA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Dos meses eran pasados de estos sucesos. Los Zegries y Abencerrajes que prendiera el rey en su palacio, habían sido puestos en libertad, y los odios parecían apagados. Muza había salido con los Abencerrajes á hacer algunas guerrillas con los cristianos de la Vega; y en una hermosa tarde, próximo el sol á su ocaso, se hallaba Boabdil en los *Alijares*, gustando las delicias de la pereza, recostado voluptuosamente en ricos cojines de Persia. Espesos globos de humo salían pausadamente del tubo de una larga pipa de oro con cabo de ambar, que llevaba negligentemente á su boca.

—Alá conserve tus dias, poderoso rey, dijo un moro que entró en la sala seguido de otro inclinándose ante Boabdil. El Zegrí Mahomad desea tener una conferencia contigo y pide se la concedas.

—Acércate, buen Mahomad, contestó el rey dirigiéndose al anunciado, ¿qué tienes que decirme? ¿Te debo alguna reparacion? ¿Has sufrido desman de algun súbdito mio?

—¡Pluguiera al cielo que eso fuese, señor! Alá me es testigo de que si con mi sangre pudiera conjurar la tempestad que amenaza tu trono, y con mi honor lavar el tuyo de la mancha que le han arrojado, no me verias en este sitio con el corazon oprimido por las odiosas y vergonzosas nuevas que mi labio va á espresarte.

Incorporose Boabdil al oír el tono sentencioso y las ambiguas palabras del Zegrí.

—Por el Profeta que me has llenado de confusion, dijo mirando fijamente á Mahomad. Espon desde luego el objeto de tu venida.

—Acabo de saber que los Abencerrajes, enconados contra tí por los sucesos de la última fiesta, tratan en secreto, aliados con los Gomeles y Alabeces, de derribarte del trono quitándote la vida.

—¡Por Alá que la nueva no es muy grata! contestó el rey con majestad: pero si mal no recuerdo, creo que no es solo cuanto tenias que manifestarme. Di lo restante.

—Es una materia muy grave, señor; y como el corazon humano siempre está dispuesto á juzgar mal, y pudiera tomarse este acto de adhesion y lealtad, por un efecto de envidia y rencor, no saldrá una palabra mas de mi boca, mientras no se hallen presentes el Gomel Mahandin y mis sobrinos Mahomad y Alhamut que están enterados del suceso.

—Admírame tanta ceremonia; mas puesto que es necesario como dices, sea: y llamando á un esclavo, dió orden Boabdil para que inmediatamente compareciesen los nombrados por el Zegrí.

No tardaron éstos en presentarse, y mandando el rey que nadie mas entrase.

—Ya estás satisfecho, continuó dirigiéndose á Mahomad, abrevia tu esplicacion.

—De púrpura se tiñe mi rostro solo con pensar en ello; y únicamente mi cariño á tí...

—Zegrí, te advierto que no quiero digresiones.

—Señor, la reina es adúltera.....

Palideció Boabdil á estas palabras, quedando como anonadado; pero recobrándose instantáneamente, interrumpió al acusador diciéndole irritado:

—¡Mientes, villano! ¡mientes! Pruébame la verdad de esa acusacion, ó ¡ay de tí!

—No temo tus arrebatos, prosiguió con impasibilidad el Zegrí, pues cumplo con mi conciencia; y cuando me he determinado á dar

este repugnante paso, seguro estaré de cuanto digo. Sabe, señor, que el último día de zambra en Generalife, paseándome á la tarde con este caballero Gomel por sus jardines, vimos debajo del ciprés mas alto del *Patio de las Fuentes*..... ¡el alma se resiste á espresarlo....! á la reina tu esposa, en amoroso deleite con el Abencerraje Aben-Hamet; y tan embebidos estaban en sus caricias, que no sintieron nuestros pasos. Ella decia.....

—Basta, exclamó temblando de despecho el infeliz rey, la prueba, la prueba de eso que has dicho.

—Señor, yo lo he visto, respondió el Gomel adelantándose, y aquella misma tarde lo referimos en secreto á los sobrinos del Zegrí. ¿Es cierto?

—Sí, contestaron á un tiempo los tres moros.

Nada replicó Boabdil: pero rechinaba de rabia los dientes, y mesábase con furor los cabellos.

—¡Traidores! exclamó al fin con entrecortada voz. ¡Por mi fe de musulman, juro á Dios que han de morir á mis manos uno por uno esos viles Abencerrajes, y he de chupar la sangre de los adúlteros que asi roban mi honor! Vamos, vamos á la ciudad, quiero sangre..... Me ahogo de coraje..... y necesito oír la voz de la venganza.

—Señor, exclamó el Zegrí, si me fuera permitido hacerte presente.....



—¡Qué! ¿aun falta alguna otra infausta noticia?

—Considera que si te dejas llevar de ese ímpetu natural, te espones á perder el trono, y quizás la vida. La reina tiene muchos partidarios, y el mismo Muley Hacen tu padre, te perseguiría de muerte, si cometieses un atentado contra Moraima. Además, los Abencerrajes se pondrían en guardia uniéndose á los descontentos, y quedaria ilusoria tu venganza, pues serias nulo é impotente.

—Tienes razon, buen Zegrí; tus palabras mitigan mi arrebato. Si, pero en ese caso....

—¿Cuánto mejor sería, continuó Mahomad sin hacer caso de la interrupcion del monarca, que yo acusara públicamente á la reina, y que segun las leyes, se le concediera antes de ser quemada como pérfida adúltera, buscase cuatro campeones dispuestos á sostener su inocencia? De este modo cumplias para con el mundo y se realizaba tu venganza. Moraima sería quemada. ¿Qué recursos tiene para buscar campeones? ¿Y quién habia de aceptar? Que por acaso el destino los hubiera, aqui estamos mis sobrinos y yo dispuestos á mantener lo dicho, y que no somos tan despreciables lanzas.

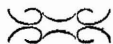
—¡Ah! gracias, Mahomad, eres un buen musulman. Pero, ¿y los Abencerrajes? ¿y ese Aben-Hamet no ha de llevar su merecido?

—Para todo hay recurso, señor. Mañana

mandas con gran sigilo á todos los Abencerrajes y á ese Aben-Hamet que se presenten uno á uno en palacio. Tienes un salon preparado con gente armada, y un verdugo, y segun vayan entrando, caigan sus cabezas al golpe del cuchillo. Pocos se te podrán escapar, pues hoy ha vuelto Muza con todos los que le acompañaron.

Al dia siguiente fué acusada públicamente la reina de adulterio, dándole un término de quince dias para que buscase campeones, debiendo morir quemada, si no los encontraba, ó si vencian los mantenedores de la acusacion.

Tambien aquel mismo dia quitaron la vida en una sala del *Patio de los Leones*, á treinta y seis Abencerrajes, y entre ellos á Aben-Hamet, no siguiendo esta carniceria por haber descubierto la traicion el paje de uno, quien comunicándolo á Malique Alabez, corrió la voz de unos en otros, pudiendo libertarse los demas.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

EN un reducido departamento de la *Torre de Comares* estaba la reina Moraima, presa por orden del rey, rodcada de su dama Zeli-ma y de su doncella cristiana Esperanza de Hita, que á fuerza de consejos y perseve-rancia habia logrado convencerla de lo falso de su religion, y que deseara convertirse á la católica, á cuya obra contribuyó tambien la desgraciada situacion en que la colocara el miserable é impetuoso carácter de Boabdil. Muy agitada parecia Moraima en este momen-to. Iba de una á otra parte de la estancia, se

acercaba al único ajimez abierto que tenia el aposento, miraba por entre la espesa celosia que lo cubriera, y tornaba á separarse suspirando profundamente.

—¡Cuánto tarda! exclamó con pena una de las veces que se quitaba del ajimez.

—No desesperéis, señora, la contestó Esperanza, aun no hay tiempo para su vuelta.

—¡Cómo! ¡si salió esta mañana al ser de día!

—¿Y quién responde de los entorpecimientos que puede haber encontrado el mensajero?

—¡Qué! ¿imaginas acaso que mi solicitud no podrá hallar cabida en el corazón de esos cristianos? Respóndeme con franqueza, Esperanza.

—Libreme Dios, señora, de tal pensamiento; eso sería una inculpacion á esos nobles caballeros. Además, ¿no fui yo la que os aconsejé, cuando supe vuestra resolucion de hacerlos cristiana, si salis bien del juicio, que os pusieseis bajo su proteccion? ¿que ellos son valientes y nobles como españoles, y pronto hallariais cuatro campeones decididos á sostener vuestra inocencia? ¡y quereis ahora que yo sospeche....!

—¡Ah! perdóname, mujer, ¡pero es tanto lo que padezco! Deseo por momentos se efectue el juicio para abrazar tu religion, pues una voz interior me dice sin cesar que en ella hallaré los consuelos que necesito. Tú me has convertido..... ¡Mas qué loca soy, Esperanza!

¡Cuento con el porvenir, teniendo á la vista mi sepulcro!

—Vaya, alejad esas melancólicas ideas. Vivireis, sí, vivereis. Sabed que los caballeros castellanos esceden en valor y brios á los musulmanes; y pondria las manos al fuego, porque solo don Juan Chacon era capaz de vencer á los cuatro acusadores; con que ya veis si con otros tres mas..... ¡Bah! para cuatro caballeros del campo de don Fernando, no son bastantes cuarenta sarracenos. Si os refiriese las increíbles hazañas de don Hernando Perez del Pulgar, del conde de Cabra, de Ponce de Leon.... Vaya vaya, vivereis, señora, vivereis.

—¡Me infunden un aliento tus palabras, que el alma se dilata y entrevé una vida llena de calma y delicias....! Hablemos de los cristianos, sí, eso me da la existencia. Dices que es tan buena la reina doña Isabel..... ¡Ay! ansiando estoy por besar sus plantas.....

—¡Señora! ¡señora! gritó en este momento Zelima que habia estado mirando por la celosia.

—¿Qué....? ¿es él....?

—Sí, ahí está, lo he visto por el ajimez.

—¡Veis, señora, como tenia razon! dijo Esperanza

—¡Oh! ¡gracias, Dios mio! exclamó la reina levantando las manos al cielo.

Abriose en esto la puerta de la torre, y se

presentó un esclavo. Era el enviado que con el mayor sigilo había dirigido la reina al campo de los cristianos pidiendo auxilio en su apurada situación. El mensaje iba encaminado por consejo de la doncella Esperanza á don Juan Chacon, guerrero de don Fernando, en el que le espresaba, que estando su señora injustamente acusada de adulterio, y que habiéndosele concedido quince dias de término para buscar campeones sostenedores de su inocencia, siendo arrojada al fuego, segun las leyes mahometanas, si no los hallaba ó si sucumbian los que escogiese; pedia de él aquel favor, convencida de que triunfaria su inocencia si se dignaba acceder á su súplica.

Á la vista del esclavo, precipitose hácia el Moraima.

—¿Entregaste mi escrito? le dijo con impaciencia.

—Al mismo caballero.

—Y..... ¿te ha dado alguno?

—Aqui está, y presentó un pergamino enrollado.

Arrebatóselo Moraima de las manos, rompió la seda que lo aseguraba, y con balbuciente voz leyó. El pliego se hallaba escrito en árabe, y concebido en estos términos:

«Á tí, Moraima, reina de Granada, é hija del ilustre Moraizel. Salud para que pueda besar tus reales manos, por la singular merced que me haces escogiéndome por tu campeón.

Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte, que se darian por muy honrados, en que les mandarás lo que á mí; y puesto que yo soy el escogido en esta ardua empresa, obedezco y acepto, confiando en Dios, en su bendita Madre y en tu inocencia; y asi te digo, que el último dia del plazo, partiremos á servirte yo y tres caballeros mas. Ruega á Dios, el cual te guarde y defienda.—Del campamento &c.—Don Juan Chacon.”

—¡Gracias, Dios mio! exclamó Moraima cayendo de rodillas, y desmayándose por la emocion.

Las damas acudieron á socorrerla.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—Si la reina ha escogido caballeros como dicen, mucho tardan.

—¿Qué ha de haber escogido? ¿de dónde?

—Ella se tiene la culpa; ¿no le ofreció Malique Alabez lidiar por su inocencia y no quiso aceptar? Que muera la orgullosa.

—¡Eh! ¿qué sabes de eso? Tú, como buen Zegrí, quisieras su muerte; pero te llevarás chasco; aun no son las doce, y queda la mitad del día. ¿Quién sabe lo que puede suceder?

—Allá lo veremos.

Esta conversacion tenia lugar entre un gru-

po de moros apiñado en uno de los ángulos de la plaza de Bib-Rambla. Este era el sitio señalado para la celebracion del juicio. En su centro habian construido un palenque, en donde se hallaban los cuatro acusadores esperando á los campeones de la reina desde las ocho de la mañana. Estos eran, Mahomad el Zegrí, quien declarara al rey los impúdicos amores de Moraima, dos de sus sobrinos, y el Gomel Mahandon, los mismos que afirmaron la manifestacion del Zegrí. Montaban todos soberbios caballos, trayendo sobre sus armaduras marlotas verdes y moradas, y en las adargas unos sangrientos alfanjes con una letra en su torno que decia: *Por la verdad se derrama.*

Un tablado cubierto de paño negro, se elevaba junto al palenque, donde aparecía la desgraciada Moraima, acompañada de sus damas Esperanza y Zelima. Debajo del tablado estaban los jueces del campo, elegidos por Boabdil. Eran Muza su hermano, un moro de la tribu de los Azarques, y otro de la de los Almoradies.

Una hoguera se levantaba al lado opuesto de los jueces, custodiada por guardias del rey; donde habia de ser arrojada Moraima si vencian los acusadores.

Numeroso gentio poblaba desde muy temprano los huecos de la plaza, ajimeces y azoteas de los edificios que rodeaban aquel anfiteatro. Todos los corazones latian de impacien-

cia, y aun mas los de los Almoradies, Almohades, Moradines, Gazules, Venegas, Alabeces, y Marines que habian pensado arrancar á la reina de sus enemigos á su tránsito para la plaza; pero desistieron de su generoso empeño, habiéndoles hecho ver, que si bien le salvaban la vida, quedaria manchada su honra, pues creerian que se rehusaba el juicio, haciendo de este modo valedero el dicho de los acusadores.

Los Abencerrajes habian sido desterrados por orden del rey. Corrian las horas y nadie se presentaba. Una sonrisa insultante y de triunfo vagaba en los labios de los acusadores. Moraima afligida, miraba á Esperanza, quien le apretaba la mano señalándole con la vista al cielo. De pronto se oyó un tumulto hácia la puerta del nombre de la plaza, y á poco entraron por ella haciéndose paso entre la muchedumbre con gran donaire y soltura, cuatro caballeros vestidos á la turca, y montados en fogosos corceles, que no tardaron en penetrar dentro del palenque.

Sus ropas eran de color celeste guarnecidas con franjas de oro y plata, y los albornoces de seda azul. Sus turbantes de toca de seda listada de oro y azul, formaban elegantes labores, descollando en ellos vistosas plumas blancas y rojas que hacia ondular el viento.

En el escudo, que con apuesta gallardia embrazaba el primero, aparecia un lobo en cam-

po verde, despedazando á un moro, y encima una flor de lis con esta letra: *Por su mal se devora.*

El segundo llevaba en su escudo un leon rampante sobre campo blanco, teniendo á un moro entre sus garras.

El tercero un águila dorada en campo rojo, abiertas las alas como volando al cielo, y llevando asida por las greñas la cabeza ensangrentada de un musulman: y el cuarto, una espada de cruz sobre campo blanco, atravesando la cabeza de un moro.

Llegáronse los caballeros con marcial continente al pié del tablado, y dirigiéndose uno de ellos á la reina:

—Señora, dijo en arábigo, viniendo nosotros del otro lado de los mares á pelear con los famosos adalides del ejército poderoso del rey don Fernando el Católico, pues que hasta allí llega su fama, y sabiendo el lastimoso estado en que os hallais, hemos corrido á este sitio para defenderos. ¿Quereis aceptarnos por vuestros campeones?

Iba á rehusar la reina diciendo que ya tenia, cuando su dama Esperanza le hizo una significativa seña con la cabeza.

—Acepto, generosos caballeros, contestó Moraima: el cielo os favorezca.

Hicieron una reverencia los turcos, y volvieron sus caballos marchando en direccion á sus antagonistas.

—¿Sois vosotros los acusadores de esa gran señora? preguntó uno.

—Sí, contestó Mahomad.

—Pues mentís como villanos, miserables morillos.

—Ahora lo veremos.

Preparáronse á la liza. Pusiéronse unos frente á otros; enristraron la lanza, y á la señal de las trompetas partieron á galope, viniendo á encontrarse en el centro. Terrible fué este choque. Rompiéronse algunas lanzas, y vivos como la centella continuaron el combate á pié y con espadas los contendientes. Larga y terrible fué la lucha. Mas de media hora hacia que estaban empeñados, sin que se declarase la victoria por alguna de las partes. Si bizarros eran los partidarios de la reina, bravos eran tambien los moros. Por último, al cabo de un cuarto de hora, cubrian la arena tres cadáveres. Eran los dos sobrinos de Mahomad y Mahandon el Gomel. Sus tres adversarios, algo heridos, se hallaban á un lado del palenque.

Pero no estaba aun declarada del todo la inocencia de Moraima. Quedaban todavia lidiando en la arena el caballero que hablara á la reina y Mahomad el Zegrí. En el resultado de esta lucha se cifraban las últimas esperanzas de los Zegries y de la sultana. Aquel debia ser el fallo decisivo.

Ambos adversarios se hallaban á la sazón

muy mal parados. Peleaban á pié, pues el caballo de uno habia sido atravesado por la lanza contraria, y héchose trozos las de entrambos. En el momento en que acabamos de fijar la vista en ellos, se estaban dando tantas cuchilladas y mandobles tan fuertes y repetidos, que las espadas saltaron en mil pedazos á larga distancia de ellos. Viéndose desarmados, y dirigidos por un mismo pensamiento, abrazáronse á un tiempo el uno al otro cual furiosos leones, dándose fuertes sacudimientos sin poderse derribar. En este estado, retira una mano con presteza el Zegrí, y pronto se vió en ella la ancha y reluciente hoja de un puñal que sacó debajo de su armadura. Un grito de dolor resonó en toda la plaza. Creían cierta la muerte del turco. Pero éste habia visto la accion del pérfido Zegrí, y sacando vivo como el relámpago una afilada daga, hundióla tres veces por debajo del brazo izquierdo del moro, con tan buena voluntad, que cayó al suelo revolcándose en su sangre. Un vivo aplauso de los partidarios de la reina fue la señal de su triunfo.

Tan luego como el turco vió tendido al Zegrí, le puso una rodilla encima, y,

— Date por vencido, le dijo: confiesa la verdad y no te haré mas daño.

— Es inútil, contestó con moribunda voz Mahomad: estoy cadaver. Y puesto que me pedís declare la verdad, sabed que tengo bien

merecida la muerte, porque con objeto de vengarnos los Zegries de los insultos que sufrimos por los Abencerrajes en una fiesta del palacio, inventamos esta acusacion..... pero Moraima está inocente....

No pudo concluir el calumniador Mahomad.... habia muerto.

Subió Muza en seguida, como juez del campo, al tablado de la reina, y dijo en alta voz: «Pueblo de Granada: la sultana es inocente.»

Mil vivas estrepitosos resonaron entre la multitud. Los Zegríes se retiraron cabizbajos y avergonzados.

Volvieron á montar prontamente en sus alazanes los caballeros turcos, y se acercaron á felicitar á Moraima.

—Gracias, valientes campeones: en mi corazón queda profundamente impreso el inmenso servicio que me habeis prestado.

Inclináronse despues respetuosamente ante la reina, y haciendo una graciosa cortesia, partieron á galope por el mismo sitio donde vinieran, á pesar de las súplicas de Moraima para que se quedasen en Granada el resto del dia.

—Dime, Esperanza, preguntó aquella luego que hubieron desaparecido: ¿por qué me hiciste seña para que aceptara? ¿Quiénes son esos caballeros?

—El que os pidió permiso para lidiar, y que lo hizo con Mahomad, es el valiente cris-

tiano don Juan Chacon, y los otros, los no menos bizarros don Manuel Ponce de Leon, don Alonso de Aguilar y don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles.

CONCLUSION.

ALGUN tiempo despues se verificó la conquista de esta ciudad, que como todos saben, fué entregada sin que mediase derramamiento de sangre. La reina doña Isabel quiso fundar un convento de religiosas, y al efecto visitó el que habia mandado construir don Fernando de Zafra, caballero de su corte, en un edificio espacioso perteneciente á los reyes granadinos que se hallaba en el Albaicin. Pareciole bien á la reina este local y le tomó para sí, ordenando á su cortesano eligiese otro sitio, como asi lo verificó, levantando el que hoy se conoce con el nombre de *Santa Catalina de Zafra*. Vinieron de Córdoba veinte monjas por orden de los Reyes Católicos, y se establecieron en el convento que eligió doña Isabel, y al que dió por tutelar la santa de su augusto nombre.

Pocos años despues de los sucesos que hemos referido anteriormente, tenia lugar con grande pompa y aparato en la iglesia de Santa Isabel, una solemne ceremonia. Celebraban la conversion de una morisca á la religion cristiana, á quien bautizaron con el nombre de Clara de Granada, siendo la madrina la misma reina de España. Esta morisca fué en otro tiempo tambien reina, y tenia por nombre Moraima. Despues de la ceremonia, se retiró al mismo convento, donde concluyó sus dias en la meditacion y en la soledad del claustro.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



La Escalera de Chancillería.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL marqués del Salar, uno de los ilustres ascendientes de esta noble familia en el reinado de Felipe II, quiso recorrer la España. Salió de sus dominios acompañado de numerosa servidumbre, y dirigióse primeramente á Granada, ciudad que le habian pintado como la mas bella del universo. Visitó la Alhambra, Generalife y demas lugares dignos de ser admirados, y cuya fama ha tenido eco en los mas recónditos países del globo, y ya se disponia á salir para Madrid, á donde le llamaban con mucha prisa asuntos de interés, cuando uno de los principales señores de la ciudad que le habia acompañado en calidad de *cicerone*:

—Marqués, le hizo observar, si os marchais ahora, podreis decir que habeis visto los mas notables monumentos de Granada, pero muy bien puede ser que en vuestra relacion echen de menos alguno.

—¡Qué! ¿no los he visto todos? exclamó con asombro el del Salar.

—Casi todos, si señor, pero no el templo de la Justicia, la gran Chancilleria.

—Culpa vuestra será en tal caso semejante falta.

—No, marqués, iba á tener hoy el honor de llevaros allá..... pero os encuentro de improviso dispuesto á marchar de aqui.

—Entonces os suplico me lleveis ahora mismo á Chancilleria, no perdamos tiempo; á la vuelta me marcharé.

Salieron ambos señores con direccion á la Plaza Nueva donde se halla la Chancilleria. Llevaba el marqués una sencilla y elegante ropilla de terciopelo azul oscuro, adornada con botones de azabache, una capilla negra, guarnecida de galon de seda del mismo color, y un sombrero pardo de ala ancha, en el que ondeaba una graciosa pluma blanca. A su lado caminaba el acompañante, y á alguna distancia detrás iban cuatro lacayos vistiendo la librea de la casa de que dependian.

Empezó la obra del edificio de la Chancilleria en 1584, y continuó hasta 1587, bajo la direccion de Martin Diaz Navarro y Alonso

Hernandez: su fachada es bonita, con tres puertas; dos columnas de jaspe hay á cada lado de la de en medio, y sobre su entablamento se ve un leon de escultura que tiene en sus garras una tarjeta con una inscripcion en latin del célebre cronista Ambrosio Morales, la que vertida al castellano, dice asi: «Á fin de que la grandeza del tribunal correspondiese á los solemnes asuntos que en él se tratan, el sabio Felipe II determinó engrandecer y adornar con decoro esta regia estancia, siendo presidente don Fernando Niño de Guevara: año de 1587.» Siete elegantes balcones descansan sobre ménsulas, y sus ventanas están adornadas de jambaje de buen gusto. Sobre el balcon principal hay dos estatuas que representan la Fortaleza y la Templanza. Admiró el marqués todos estos pormenores que le hacia notar su acompañante, dió una vuelta alrededor de Chancilleria, y entró por último en ella.

—Por mi fe que es pésima la escalera, exclamó subiendo la del edificio.

—Razon teneis, señor, contestó el guia: pero es solamente provisional. Cuando nuestro augusto monarca don Felipe II despues de la batalla de S. Quintin trató de hacer S. Lorenzo del Escorial, mandó recoger todos los mármoles que estaban destinados á la conclusion del edificio: solamente le faltaba la escalera, y con objeto de hacerlo practica-

ble, fabricaron la que veis, que es bastante mezquina y desdice notablemente de lo demas de la obra.

—Ciertamente: ¿pero qué es eso? ¿hay tribunal? Y al decir esto señalaba el marqués un magnífico salon, cuya puerta abierta de par en par dejaba ver una escena bastante imponente y majestuosa.

Estaban cubiertas sus paredes de un lujoso tapiz de grana, galoneado de anchas franjas de oro. En el testero de enfrente resaltaba el dorado marco de un magnífico retrato del monarca reinante, cubierto de un suntuoso dosel. Debajo de éste y sobre un piso alfombrado, tres pies mas alto que el resto de la sala, y al que se subia por seis escalones adornados de elegantes balaustradas, estaban sentados en grandes sillones de terciopelo carmesí el presidente y demas jueces, puestas sus negras togas. Una mesa, vestida con tapete del mismo color de la colgadura, y en la que habia una rica escribania de plata, se hallaba en el centro de aquel recinto. Á los lados de ésta, y sobre dos largos escaños, estaban los intérpretes de la ley.

Los seis escalones separaban de este lugar el sitio destinado al pueblo que acudia á presenciar los actos. En el testero opuesto al del retrato del rey, se veia sobre otro cuadro la diosa de la Justicia con la espada y la balanza.

Se hallaba reunido en pleno el terrible tribunal. El aspecto era en verdad grave y tremendo.

—Celebran juicio, llegamos á buena ocasion, dijo el que acompañaba al marqués.

—Me alegro, contestó éste: entremos.

Y así lo hizo seguido de su comitiva. Adelantóse distraído mirando á una y otra parte, parándose un momento observando bien lo que le chocaba, y volviendo á seguir pausadamente.

El pueblo que se encontraba allí reunido, admirado de la audacia del caballero, y juzgándole gran personaje por el séquito de lacayos, se replegaba hácia ambos lados dejándole un ancho espacio.

De este modo siguió el marqués hasta llegar á los escalones. Allí fijó la vista en los jueces. La indignacion se pintaba en sus severos rostros: los labios de algunos temblaban de cólera. Todos los ojos se clavaban con visible espresion de enojo en la persona del marqués.

No se habia quitado el sombrero. La blanca pluma descollaba erguida sobre aquel, como orgullosa de su superioridad. El marqués no parecia notar la tormenta que mugia sordamente en su derredor amenazando confundirlo, y seguia en su minuciosa observacion.

Púsose entonces en pié el presidente, y dirigiéndose al del Salar:

—Caballero, le dijo con imperioso y ofen-

dido ademan: caballero: salid al momento de este sitio; no profaneis con vuestro atrevimiento un lugar sagrado; no insulteis á la justicia.

Volvió de su distraccion el marqués al oír aquellas palabras, miró en torno suyo para conocer á quien fueran dirigidas, y se encontró con las miradas de todos. Alzó entonces la vista y se halló con la fulminante del juez que las profiriera, que asombrado de no verse obedecido, adelantó un paso, añadiendo con terrible voz:

—Repito que salgais, ó usaré de la fuerza: ugiereis..... gritó con atronadora voz.

—Hasta ahora, señor oidor, no he comprendido que se trataba de mí, contestó con dignidad el marqués, que á haberlo notado antes, no hubiérais tenido necesidad de repetir vuestra orden. ¿En qué he faltado, pues, para que me obligueis á salir....?

—¿Y osais aun preguntarlo, cometiendo la audacia inaudita de presentaros ante este judicial tribunal con el sombrero puesto?

—Sabed, señor togado, que el caballero que á vuestro parecer comete un gran desacato presentándose cubierto en este lugar, usa en hacerlo de una de sus muchas prerrogativas. Soy el marqués del Salar; caballero cubierto ante el rey y su corte.

—Marqués, respondió el presidente, si el rey os concedió tal privilegio en su corte, no pudo hacerlo en su tribunal de justicia; y yo, en

representacion del augusto soberano, no toleraré aqui que ningun caballero se cubra cuando se celebra tan sagrado acto; salid ó descubrios.

Encogiose de hombros el marqués, y salió sin quitarse el sombrero.

Detuvo su marcha para el dia siguiente, y antes de partir, llegó á su casa un alguacil con un pliego. Entregolo al del Salar, quien rompió el sello y leyó su contenido.

Era la notificacion de la multa que le habia impuesto el tribunal, por el desacato que cometiera el dia anterior.

—Bien está, contestó al portador, decid á esos señores que salgo al momento para Madrid donde reclamaré á mi soberano y él decidirá.

En efecto, su primer cuidado al entrar en la capital de la monarquia, fué el de ver á Felipe II, á quien le refirió el suceso. Quedó el rey pensativo algunos instantes, y respondió al fin al marqués:

—«Eres caballero cubierto delante de mi real persona, pero no consentiré que nadie se cubra ante la sacratísima Justicia que representan allí mis oidores. Paga la multa, y sirva de ayuda de costas para construir la escalera de la obra comenzada.»¹

No tuvo otro remedio el marqués.

Conforme lo habia ordenado S. M. pagó la

¹ Gimenez-Serrano, *Manual del Viajero*.

multa que le impusiera la sala de Granada, con la cual fabricaron la escalera que hoy existe; y al tiempo de facilitar la suma, no pudo menos de exclamar:

¡Miren por qué causa se completa á mi costa el edificio de la Chancillería de Granada!



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

El Laurel de la Zubia.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—Por mi vida, conde, que el día es placentero.

—Las brisas de la mañana convidan, don Alonso.

—¿Dónde vais?

—¿Y vos?

—Pés, ni lo sé; pero deseo pasear.

—Vamos pues, don Alonso, puesto que lo mismo anhelo.

Y asiéndose del brazo los dos interlocutores, que no eran otros que el conde de Ureña y don Alonso de Aguilar, dieron la vuelta al real de Santafe, ciudad entonces compuesta de tien-

das de campaña que formaban la misma traza de cruz que aun conserva, donde la Reina Católica habia establecido su campo con toda la nobleza guerrera, y desde cuyo sitio dirigia las maniobras de las fuerzas castellanas que á sus órdenes militaban.

Nuestros paseantes, despues de haber rodeado toda aquella ciudad de lienzo, se alejaban del campo con direccion al sitio donde se encuentra el montecillo llamado hoy *Gotilla de Cartuja*, queriendo prolongar aquel matutino paseo, cuando oyeron á sus espaldas precipitados pasos. Detuviéronse volviendo atrás la cabeza, y vieron á Lope el escudero del conde de Ureña, que no tardó en alcanzarlos.

—¿Qué ocurre, Lope? preguntole éste, ¿por qué corres de ese modo....? ¿Vienes acaso en nuestra busca?

—Precisamente, señor, la reina os llama con urgencia, y á vos tambien, don Alonso; vuestro escudero corre de tienda en tienda para encontraros.

—Vamos, conde, dejemos para otro dia nuestro paseo, pues que la reina nos necesita. Volvamos á Santafé.

Y tomaron el camino de la ciudad.

Llegados que fueron á ella, dirigieronse á la tienda de la magnánima soberana de Castilla, y encontraron á la puerta al duque de Cádiz, al de Escalona, y á los condes de Tendilla, de Alcaudete y de Montemayor.

Tres palafrenes lujosamente enjaezados, se hallaban en aquel sitio, y los caballerizos que tenían las riendas estaban con su uniforme de gala.

Aquellos preparativos indicaban que la reina iba á salir.

Efectivamente, poco tardó en aparecer á la entrada de su tienda. Llevaba un vestido de terciopelo negro de mangas sueltas y abierto por delante, y una gorrita del propio color sujetaba los abundantes rizos de su cabellera caída graciosamente sobre sus espaldas. La banda real cruzaba su pecho, y un bastoncito con puño de oro, señal del mando que usaba con la esquisita táctica del general mas diestro, aparecía en su derecha mano. Sus hijos el príncipe don Juan y la infanta doña Juana, también estaban con ella.

Saludó afablemente á todos los caballeros, y contestaron descubriéndose con la mas respetuosa reverencia.

En seguida la reina les habló en estos términos:

—Caballeros, los mas cumplidos de la corte de Castilla: os he llamado para que me sirvais de escolta, con algunas lanzas que mandará el duque de Cadiz, á quien cometo este encargo, en el paseo que pienso dar por estos alrededores. Desde el dia en que me asustó el arroyo de Gonzalo de Córdoba penetrando en aquella fortaleza, que dijo ser de *Gallinas*, no

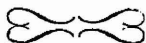
he vuelto á gozar de la deliciosa perspectiva que tiene Granada, vista por cualquier parte, y hoy deseo acercarme un poco con este fin. Id, caballeros, disponeos á acompañarme, y disfrutaremos todos del espectáculo.

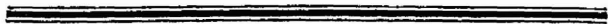
Inclináronse los capitanes, y partieron á prepararse para seguir á su reina.

El día estaba, como dijo don Alonso de Aguilar, bello, cual un día despejado en la vega de Granada. No puede hacerse mejor comparación. Era el sábado 25 de agosto de 1491. Brillaba el sol sobre un horizonte límpido y hermoso, y el fuego de sus rayos lo templaban frescas brisas.

Á las nueve salió de Santafé la brillante comitiva que había dispuesto la reina para su escolta. Iban ésta y sus hijos sobre mansas cabalgaduras conducidas por engalanados palafreneros, rodeada de los capitanes que había escogido, y el duque de Cádiz cerraba la marcha con dos mil caballos.

En este orden se alejaron por medio de la ancha vega.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

GRANDE silencio habia en los floridos jardines del real de Generalife. El ardiente sol del estio, obligaba á los gilgueros á esconderse entre el follaje de los naranjos, y las flores cerraban sus tornasolados pistilos, como temerosas de que sus rayos bebiesen el nectar de su cáliz marchitando su frescura.

Sin embargo, habia un sitio donde el espeso ramaje que le cubria vedaba la entrada al diurno planeta. Esta era una gruta formada por el mirto y ciprés, y entretejida de gayombas y enredaderas, en cuyo centro se gozaba

de una suave frescura y del perfume de la flor.

Un plateado arroyuelo murmuraba circundando la gruta, como envidioso de no poder entrar donde las brisas se ocultaban y las flores se abrian.

En el fondo y sobre el blando y fresco cesped que aquel suelo alfombraba, veíase á Boabdil muellemente recostado y medio dormido; una esclava de tez morena y negros ojos hacíale aire con un abanico de plumas de cisne.

Todo era calma en aquel melancólico paraíso, y el rey de Granada, perezoso como un hijo del oriente, aprovechaba las horas mas calurosas del dia, para irse á la gruta que le proporcionaba la estancia mas grata que otro cualquier recinto de su palacio.

Á las diez del mismo dia en que doña Isabel dispuso la salida del real, penetró un moro en Generalife, y se dirigió al sitio que acabamos de describir. No atreviéndose á entrar de pronto en la gruta, aplicó el oido por si percibia algun rumor, y no escuchándolo, dió una palmada, que fué respondida por otra que sonó dentro. Esta era la señal para prevenir á Boabdil que alguien deseaba verlo.

—Están, dijo para sí el árabe, démonos prisa, y entró en la oscura gruta.

Boaddil no varió de postura á la aparicion del moro; pero sus ojos estaban abiertos. La esclava seguia echando aire á su señor.

—Cosa muy urgente debe ser, exclamó este con dejadez, y cuando se me viene á incomodar á este retiro: habla, moro, ¿qué te ha determinado á interrumpir el sueño de tu amo?

—Señor, contestó aquel sin detenerse un momento, tus fieles servidores respetan como deben el descanso de su rey, y no lo alterarian jamás por asuntos frívolos; pero el de que te vengo á hablar, atañe á la monarquía. Dando ahora un acertado golpe, puede levantarse orgullosa é imponente.

—Habla, dijo Boabdil incorporándose, ¿qué golpe es ese de que tratas?

—En tu mano está darlo, y con él vida y esplendor al musulmítico imperio.

—Di, moro, di, y no impacientes á tu señor.

—El vigia de la atalaya frontera á la puerta de Elvira, acaba de llegar presuroso al real alcázar. Trae la importante nueva de que la reina enemiga, acompañada de sus hijos y varios caballeros, con una reducida escolta, ha salido de ese pueblo que han formado á dos leguas de Granada con el nombre de Santafe dirigiéndose hácia la talada aldea de la Zubia. Si dispones que un buen número de soldados les dé alcance antes de que puedan recibir socorros, ni volverse á su campo, essegura la victoria; la reina será tu prisionera, y las cosas variarán de aspecto. ¿Qué decides?

Reflexionó un momento Boabdil, y dijo al cabo:

—¿Cuánta gente, sobre poco mas ó menos, acompaña á la reina?

—Quinientas lanzas, segun ha dicho el vigia. Volvió á pensar un instante el rey.

—Pues bien, exclamó de repente: que se toque á reunion por los atabales y chirimías; que se dispongan los dos tiros¹ que hay en la *Torre de las Prisiones*, y se apresten para la lucha cuatro mil de mis mejores Almoravides é igual número de los refugiados de Baza y Antequera.... Vuela: dispon lo conveniente para que tenga cumplido efecto mi mandato en el instante; y di al propio tiempo al Zegrí Alhamar, que ponga el arnés de guerra á su mejor caballo y venga á verme. Aquí espero.

Salió el árabe á cumplir las órdenes que habia recibido, y Boabdil, que durante el diálogo con el moro se fué levantando poco á poco hasta ponerse de pié, comenzó á pasearse, agitado con la esperanza de la prision de la reina, que casi veia ya realizada.

La esclava, con el abanico bajo, esperaba las órdenes de su amo en un rincon de la gruta.

No tardó en presentarse el Zegrí: venia ricamente vestido y con el alfanje y gumia que llevaba á los combates.

—¿Sabes que la soberana de Castilla ha salido de su campo? preguntó Boabdid al recién llegado.

¹ Cañones.

—Toda la ciudad se halla enterada, señor, contestó el Zegrí haciendo una reverencia.

—Ocho mil soldados de todas armas, con los dos tiros de la Torre de las Prisiones, estarán dentro de pocos momentos prontos á marchar donde se les conduzca. Á tí te he elegido para que dirijas esta expedición. Te conozco, buen Alhamar: otras veces me ha sacado tu valor de grandes empresas, y por eso te confío esta, la mas delicada y de la que quizas pende la salvacion de mi reino.

—Juro por la tumba de Mahoma, respondió el Zegrí engréido con las alabanzas de su rey, morir en este lance ó traer prisioneros cuantos cristianos no tiñan el suelo de la vega con su sangre.

—Gracias, Alhamar, gracias. No pierdas momento alguno: sal ahora mismo con tu gente por la *Puerta del Sol*, y dirígete hácia la que en su tiempo fué aldea de la Zubia; de esta suerte sales en su busca..... y nada te digo mas: dame un abrazo y Alá vaya contigo....

A las diez y media de la mañana una division de granadinos, compuesta de ocho mil hombres entre de á pié y á caballo, y dos tiros á las órdenes de Alhamar, salió de Granada con grande grito y alborozo y tocando recios atabales, dirigiéndose con buen paso hácia el sitio donde tambien se encaminaba doña Isabel, ignorando el encuentro que le esperaba.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EN el año de 1485, en una de las correrías que hicieron los cristianos en la vega de Granada talaron las aldeas de la Zubia y los Ojijares, volviéndose despues á los pueblos conquistados.

Al sitio donde se hallaba situada la primera, de la que aun existian varios restos ahumados por el fuego, llegó doña Isabel con su acompañamiento. Hicieron alto; y apeándose aquella de su cabalgadura, con sus hijos y otros caballeros, se encaminaron á una casa ruinosa que conservaba entero un piso superior. Subió allí la reina, y por una ventana

se puso á mirar, como hizo en la colina de la *Casa de Gallinas*, el pintoresco y halagüeño cuadro que por todos lados presenta Granada. Mas no bien tendió la vista por aquellas llanuras, cuando percibió el ejército enemigo, que rodeado de un grande polvarin, marchaba hácia el mismo sitio donde se encontraba.

Al instante bajó de la casa, y llamando al duque de Cádiz, que ya, como los otros caballeros, habia oido el eco de los morunos atabales, le refirió lo que viera desde la ventana.

Pronto cundió por la soldadesca que se las tenian que haber con moros, y todos anhelaban con ansia el momento.

No se hicieron esperar mucho tiempo los granadinos; y aunque la reina mandó que se hiciese cuanto fuera posible para evitar el combate, no pudieron lograrse sus deseos, porque los enemigos, animados por el número, avanzaban prontamente y con las mas hostiles intenciones.

Las tropas castellanas salieron á su encuentro, y les cortaron el paso. Entonces los árabes capitaneados por Alhamar, cargaron con espantosa furia sobre los cristianos, y se trabó una encarnizada y tenaz refriega.

Temiendo doña Isabel los resultados de aquella lucha cada vez mas obstinada y desigual por las superiores fuerzas mahometanas, se refugió con sus hijos en un espeso y grande bosque de

laurel, que á la derecha de la aldea y próximo á la casita se estendia. Hincose alli de rodillas, y elevando las manos al cielo exclamó con religioso entusiasmo:

—¡Padre mio! porque me concedais volver libre y salva con mis hijos y los caballeros que me han acompañado, al real de Santafé, hago voto solemne de no arriesgar mi vida ni la de mis soldados, con caprichos semejantes, y edificar un convento al glorioso san Luis, cuyo dia es hoy, en el mismo sitio donde vi avanzar las tropas enemigas.¹

Despues de esta promesa inclinó doña Isabel su cabeza sobre el pecho, y abrazando á sus hijos, esperó con ciega confianza el resultado de la batalla.

Prolongábase ésta bastante tiempo; pues aunque cada bote de lanza, mandoble de espada y golpe de maza de los castellanos tendia mas de un enemigo, eran éstos tantos, que neutralizaban la ventaja de los otros. Además, los disparos de los tiros, aunque mal dirigidos, no dejaban de causar muchos estragos, y el Zegrí Alhamar animaba continuamente á los suyos con su grande valor y pujanza. Ya los castellanos iban cediendo desalentados al ver que los moros se rehacian y reforzaban continuamente. Ya retrocedian poco á poco no obstante las voces de los capitanes. Ya los árabes con espantosa griteria iban ganando el terreno que

¹ Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada.*

dejaban los otros. La lucha tomaba un aspecto fatal para los soldados de la vega: otro impulso de los moros y se logra el proyecto de Boabdil, cuando el conde de Alcaudete, lleno de indignación al ver la decadencia de espíritu de los soldados, levantó en alto su espada y gritó con voz de trueno:

—Seguidme, soldados: ¡Viva Castilla! y se precipitó en medio de los enemigos, blandiendo á todos lados su terrible tizona, seguido de los demas caballeros. Los soldados llenos de vergüenza hicieron un desesperado esfuerzo y se arrojaron con ímpetu sobre los contrarios. Fué tan impensada la acometida, que sorprendidos éstos de aquel esfuerzo, cuando creían ya segura la victoria, retrocedieron un momento, que aprovechado por el de Alcaudete y los otros, fué bastante á decidir el triunfo en favor suyo; merced tambien á los repetidísimos golpes que descargaban sobre las compactas masas agarenas.

Huyeron por último éstas en completo desorden hácia Granada, hasta donde fueron perseguidas por Aguilar, el de Ureña y demas capitanes y soldados, causándoles la muerte de mil moros y la toma de los dos tiros, con tres mil quinientos prisioneros. Entre aquellos se contaba el Zegrí Alhamar, que cumplió el juramento hecho á su rey, quien cayó en un profundo abatimiento al saber el doloroso fin del ataque.

Esta victoria contribuyó no poco á la conquista de la ciudad.

La reina, que durante el combate habia permanecido abismada en sus pensamientos y en continua agitacion oyendo el espantoso estruendo de las armas y gritos de los soldados, cuando cesó tanta algazara con la huida de los Almoravides, no sabia si salir ó no del bosque, ignorando el resultado; pero no tardó en ir á buscarla el conde de Ureña, quien le comunicó tan increíble triunfo.

Entonces doña Isabel volvió á prosternarse, y mirando fijamente al cielo dió gracias al Todopoderoso y al bendito san Luis por haber atendido su ruego.

Después volvió á subir á su palafren con los infantes, y tomaron el camino que conducia á Santafé acompañada de su escolta, cubiertos todos de polvo y sangre y en muy mal estado algunos; aunque pocos fueron los que murieron en la refriega.

En el camino encontraron al rey, seguido de todo el ejército, que sabedor de aquel lance iba en ayuda de su esposa. Grande fué el alborozo de don Fernando cuando supo lo acaecido, y todos juntos volvieron á entrar en Santafé.

La reina doña Isabel cumplió sus promesas. Algunos años después se edificó por su orden un convento en el lugar donde estuvo la casa referida, dándole por titular á san Luis,

rey de Francia, en recuerdo de aquel memorable día.

Este edificio, que fue habitado por religiosos franciscanos, ha sido destruido en su mayor parte; y no quedaria el mas leve vestigio de tan histórico monumento, si don Andrés de Montes, rico propietario de la Zubia, con un celo digno de elogio, no hubiera comprado la iglesia, que es lo único que existe en la actualidad.

De los espesos bosques de laurel que se estendian en aquel paraje, solo queda un corto espacio; pero lo bastante para que merezca ser visitado por los amantes de las glorias y gratos recuerdos de su patria; pues á la vista de este laurel es remontada la imaginacion á tan caballerescos tiempos, y goza indefiniblemente el alma del poeta, al pensar que aquellos mismos árboles dieron proteccion á una reina, digna de las bendiciones de todos sus súbditos, y fueron testigos de las hazañas de unos héroes que honran las páginas de nuestra nacional historia.



El Aljibe de la Lluvia.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Romance. mental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Ex extremo descontentos
los moros de Güejar-Sierra,
que dejaron á Granada
poco despues de su pérdida
retirándose á aquel pueblo,
distante lo mas tres leguas,
la esperanza no perdian
de volver á poseerla:
y á influjos de. su caudillo,
el valiente Aben-Humeya,
promovieron un rebato
que alarmó sobre manera
al alcaide de la Alhambra
cuando le dieron la nueva.

Salió al punto de su torre,
azorado muy de veras,
buscando á don Juan de Austria,
y con él fin á su pena.

—Buen alcaide, buen alcaide,
¿qué fiero dolor le aqueja?
descolorido venís

y con la faz descompuesta....

¡Por Dios, que señales son
de el alma no estar serena!

Hablad, amigo, sin miedo;
dad rienda franca á la lengua,
que de escucharos he firme
aunque muy funesto sea.

Dijo y callóse el de Austria
esperando la respuesta.

—Señor, contestó el alcaide:
noticias son bien adversas.

Esos moros del infierno,
nuestros vecinos de Güejar,
han dado un grande rebato;
y segun las fieles señas
que mensajeros seguros
hanme traído con priesa,
en un peligro inminente
nuestra Granada se encuentra.

Aconséjeme, don Juan:

dirija bien mis ideas:

oiga su voz: hasta entonces
mis inquietudes no cesan.

—¿Es eso cuanto quereis?

—Eso mi lealtad anhela.

—¿Teneis algo mas que hablar?

—Nada que decir me resta.



—Pues tranquilícese, alcaide;
don Juan se halla en esta tierra,
y conocen ya los moros
los mandobles de su diestra.
Idos, idos sin cuidado;
volved á la fortaleza,
que para acallar rebatos
don Juan de Austria se queda.

Aquella misma mañana,
que del mes de junio era, (*)
una division brillante
salió de la Plaza Nueva
con aire gentil, tomando
de los Gomeles la cuesta.
El ilustre don Juan de Austria
figuraba á la cabeza,
y la temida cruz roja
resaltaba en las banderas.

Atravesaron la Alhambra
y sus verdes alamedas,
y llegando al pié del monte,
que de tiempo antiguo lleva
por nombre *Silla del Moro*,
treparon sobre sus breñas.
El sol sus rayos de fuego
dejaba caer con fuerza
sobre la cristiana tropa;
y en los petos y cimeras
reverberaba su disco,
sembrando luces y estrellas.
Sin aliento y abrasados,
y de ardor las bocas secas,

(*) 20 de junio de 1569 (Echevarría).